

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA
Y PONS, MIGUEL F. RODRIGUEZ Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XXI

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 6 DE 1885

SUMARIO—Nicolás Avellaneda, por Miguel F. Rodriguez—Esperanza, poesía, por Eduardo D. Forteza—La Góndola Misteriosa, (continuación), por Pedro Ximenez Pozzolo—A....., poesía, por Adriano M. Aguiar—Causas eficientes de las obligaciones, (conclusion), por Juan Carlos Carvalho—Sombras, poesía por Miguel F. Rodriguez.

Nicolás Avellaneda!

Un nombre más que agregar á la larga lista de los muertos ilustres: el Dr. Avellaneda.

En ménos de tres años, han desaparecido algunas de las más poderosas inteligencias del Plata. Cayó herido por el golpe de la muerte el cantor de *Prometeo*, y como si su desaparición fuera un signo fatal, siguieron con intervalo de poco tiempo el Dr. don Juan Carlos Gomez, el doctor Alberdi, el Dr. Mateo Magariños, entre los viejos; Adolfo Mitre, Benigno Lugones, Alberto Navarro Viola, Juan Lusich, entre los jóvenes.

La muerte del Dr. Avellaneda, es un eslabón agregado á la ya larga cadena de las pérdidas irreparables.

¡Quiera la suerte que esa cadena quede interrumpida, y por mucho tiempo no se agregue un nuevo eslabón!

Aunque un poco tarde, nos asociamos al homenaje que toda la prensa ha rendido, á la memoria del ilustre muerto. Admiradores de su talento, hemos visto con satisfaccion que esta, sin distinción de colores políticos, ha lamentado con sentidas palabras su muerte.

Era el Dr. Avellaneda, uno de los hombres más notables de la vecina República.

Difícilmente se puede encuadrar en un corto espacio, algunos rasgos de su vida tan agitada y llena de contrariedades.

Nacido en Tucumán, niño aún, su familia sufre toda clase de peligros para librarse de las hordas de Rosas que devastaban su provincia natal, después de haber degollado á su padre, el Dr. don Marco M. Avellaneda, ilustre jefe de la coalicion del Norte.

Empieza á figurar en la escena política en el año de 1857, cuando apenas contaba 20 años; apareciendo como periodista, en compañía del inolvidable tribuno Chas-saing. Desde entonces su pluma no se emmohece y continúa ejercitándola en artículos sueltos, hasta que en el año de 1866 publica su obra mas notable—*Estudio sobre tierras públicas*.

Durante la administracion provincial del Dr. Alsina, ocupa el puesto de Ministro de Gobierno, hasta que Sarmiento lo lleva al Ministerio Nacional de Justicia, Culto é Instruccion pública.

En el año 74, varios candidatos se disputan la Presidencia de la República: el General Mitre, el Dr. Quintana, el Dr. Alsina y el Dr. Avellaneda. El Dr. Alsina retira noblemente su candidatura, plegándose al Dr. Avellaneda; desaparece la candidatura del Dr. Quintana y solo quedan frente á frente las otras dos.

Parecia imposible vencer el inmenso prestigio del general Mitre; y sin embargo, el doctor Avellaneda sube á la Presidencia, por la voluntad casi unánime de la Nacion.

Durante los seis años que gobierna su país, llega éste á un alto grado de prosperidad, á pesar de las resistencias interiores y de las crisis financieras que tuvo que vencer.

Se acusa al doctor Avellaneda de haber cometido errores durante su gobierno. — Quién no los comete? — Quién llega á la cima sin desfallecimiento, y sin sentir algunas veces el vértigo de las alturas? La cumbre tiene tantos peligros como el abismo. Hoy que ha muerto, no se sacan á luz sus errores: se sacan á la luz sus méritos. Aquellos pasan; estos son los que quedan, como títulos á la consideracion de la posteridad.

No deja al morir, una série de libros que contengan el conjunto de sus ideas. A escepcion del que hemos nombrado anteriormente, de un primer tomo de sus *obras completas*, y de algunos folletos solo quedan artículos sueltos, y sus discursos.

Forman estos el mejor florón de su corona literaria.

Si fuera posible que se olvidasen sus hechos políticos; siempre que sus discursos se conservaran, serian bastante título para reclamar con arrogancia un puesto en el recinto de la inmortalidad

Era el doctor Avellaneda, uno de los primeros oradores del Plata. Su frase artística, griega, tenía toda la dulzura de un canto y toda la grandiosidad de un torrente. Las cuerdas de su oratoria producian todos los sonidos imaginables: lo mismo gemian sobre la tumba de un ser querido, que atronaban en una asamblea popular.

Es necesario estudiar detenidamente sus discursos, para conocer los encantos de su estilo.

Se distinguen todos ellos por la perfecta terminación de cada una de sus frases. Al pronunciar la última palabra de cada periodo, cesa inmediatamente el sonido. No sucede como en otros escritos en que la última voz, queda como si estuviera suspendida de un hilo invisible. Es este uno de los rasgos mas característicos de sus discursos.

Se nota en algunos de ellos demasiada ampulosidad; pero esto mismo les dá mayor brillo; porque no es esa ampulosidad hueca, que se resuelve en palabras inútiles y en frases de efecto.

A pesar de que físicamente no tenía aspecto de orador, cuando estaba en la tribuna, su cuerpo pequeño se ajigantaba; y engrandecido por el encanto de la frase tomaba proporciones colosales.

Hoy ya no oiremos su voz; el edificio de la tribuna argentina ha perdido una de

sus columnas; una de las bancas del Senado está desierta; que las olas que llevaron sus restos mortales al seno de la patria, arrullen su sueño eterno, con la música de sus cantos!

M. F. Rodriguez.

Esperanza

A . . . J. S.

Jamás podrá olvidar la mente mia
La noche aquella de dolor inmenso,
De cruel dolor y bárbara agonía,
Cuando triste lloraba
Y con dulce expresion me preguntaba
¿Que tienes, porque sufres vida mia?

La noche estaba oscura,
Mi mente tenebrosa,
Repleta de dolor y de tristura,
Ella, pálida, muda y temblorosa,
Yo absorto y mudo allí tambien estaba.
Y con loca premura
Mi corazon violento palpitaba,
Cual si en dolor deshecho
Intentara saltárseme del pecho.

Lentamente llovía,
El cielo sonreía
Con un lampo luciente
Que brotaba repente
Y con su luz las sombras disipaba,
Y despues en tinieblas se quedaba;
Y mi alma como el cielo
En mis ojos de pronto sonreía,
Y despues con un velo
De dolor y de sombras se cubría

Ella, doliente, muda y silenciosa,
Y en medio á su dolor aun mas hermosa,
Su mirada apartando de este suelo
Reino de la desgracia,
La dejaba vagar triste en el cielo
Reino de la ventura,
Cual si de un largo sueño despertara
Y su alma con el mismo Dios hablara
Aumentando por grados su hermosura.
No es más bella la mística creyente
Que con fervor ardiente
Y del templo en la nave solitaria,
Ante la cruz divina
A los cielos eleva una plegaria.

Más de pronto, fijó en mi su mirada,
Tranquila y misteriosa
Por la mente de Dios iluminada,
Y con voz aun más dulce que imperiosa,
Me dijo con cariño:

« ¡Eres un pobre niño!
« Al traves de tus ojos yo contemplo
« Esa feroz contienda
« Tan brutal como ruda
« Que con tu mente el corazon sostiene,
« Esa lucha tremenda
« Del corazon que duda
« Y el alma infiel que religion no tiene,
« En esta triste esfera,
« El alma que no espera
« Es barquilla perdida
« En el mar tempestuoso de la vida,
« Sin columbrar jamás en lontananza
« El celeste fanal de la esperanza.
« No encontrarás la calma,
« Hasta que tu pobre alma
« Cegada en su locura,
« Abandone el letal escepticismo
« Para cernerse pura
« En la region de luz del idealismo. »

Al entreabrir sus lábios sonrosados
Con el más dulce arrobador hechizo,
Trémulos parecían
Dos puertas celestiales que se abrian
Para amantes brindarme un paraíso.
Despues, por el dolor ya fatigada,
Permaneció callada,
Y como la castísima paloma
Que cuando el sol declina tras la loma
Triste, su postrimer quejumbro exhala
Y esconde la cabeza bajo el ala,
Aquel ángel bendito
Silencioso lloraba,
Y cual lirio marchito
Sobre el pecho su frente doblegaba.

Sus palabras de aliento
Me infundieron la fé por un momento,
Y olvidando mis crueles decepciones
Y amargos desengaños,
Soñando como un niño,
Evoqué las ya muertas ilusiones
Que acariciaron mis primeros años
Con sin igual cariño.
Mas de pronto, la adusta frente mia
Recobró su actitud torva y sombría;
Y dijo así, con conmovido acento,
Con voz que más que voz, era un lamento:

¡Han sido mis amores
Cadena interminable de dolores,
Cuánto, cuánto hé sufrido
Y cuan negra es mi suerte,
Mi vida siempre ha sido
Un eterno combate con la muerte!

Yo concebí con un afán ardiente
En mis horas de amor y desvarío,
Imágenes sublimes que pasaron
Cual las ondas alígeras de un río,
Y al pasar, amorosas, encendidas,
Por el celeste fuego consumidas,
Los pechos palpitantes,
Los ojos desmayando por instantes,
Un rato me abrazaron,
Sus lábios en mis lábios estamparon,
Y al tenderles mis brazos anhelantes
¡Veleidosas amantes!
Sonriendo indiferentes se alejaron.

Fueron la imagen fiel de la esperanza,
Un algo que se anhela
Y que nunca se alcanza,
Y á cuyo influjo ardiente y soberano
De quimeras un mundo el alma crea,
En su obra se recrea
Y con orgullo vano
Supone indestructible
Toda creación del pensamiento humano.

¡A una mujer yo amé con fanatismo
Y me empujó al abismo!
En los brazos de aquella fementida
Se deslizó apacible mi existencia
Con arrullos de amor adormecida,
Fuè mi luz su mirada,
Fuè su aliento mi vida!
En sus raptos de amor y desvarío
Enagenando el pensamiento mio,
¡Cuánto te amo mi vida! me decia
Y ¡cuánto te amo! amante repetia,
Mas yo, niño inocente,
La escuchaba extasiado y reverente,
Y ciego por la fé no suponía,
Que tras aquellos lábios de amaranto
De la que amara tanto
Y que á mis piés amante se rindiera,
El reptil del engaño se escondiera;
Y de amor delirante, enagenado,
Febri!, enamorado,
Tambien le repetia
Ah! cuánto te amo, cuánto, vida mia!

Y si mi alma velaba sombra oscura,
Decia con ternura,
¿De mi amor tienes dudas, alma mia?
Tu eres mi Dios, mi fé, mi idolatria.
¿Qué tristeza tu espíritu sombrea?
Es mi amor, algo inmenso, algo infinito,
Y en mis ojos ardiente centellea.

Mas hoy en nada creo
Y hasta llevo a dudar de lo que veo,
Y si del mundo en las ficciones pienso,
Yo mismo me pregunto,
¿Que es la esperanza de un amor inmenso
Y el dulce sueño en perennial ventura?
¿Que el anhelar interminable gloria
Y eterna vida de sin par dulzura?
Son locas ilusiones
Que nos brindan las pristinas pasiones;
Son corriente fugaz y transitoria;
Son flores deshojadas
Marchitas y agostadas
Que arrastra el manantial de la memoria;
Son páginas de risas y de llanto
De nuestra juvenil y falsa historia,
Que en la propecta edad nos causa encanto
Formando el oropel de nuestra gloria.

La esperanza es tan solo un nombre vano,
Una deidad que de la nada brota
Y en el vacío de lo incierto flota,
Una quimera que la mente crea
Y en buscarla se embriaga y se marea.

¡Ten esperanza, dices,
Y no me dices nada,
Aunque el poder de Dios es infinito,
Una esperanza en corazon marchito
Es una flor sobre una tumba helada!

— Eduardo D. Forteza.

La Góndola Misteriosa

(CONTINUACION)

EL ARTISTA

Hizo Débora una pausa y despues se expresó de este modo:

—Una tarde de primavera dulce y apacible, estabamos yo y Judit en el balcon de la casa de mis padres, que tenia vistas al Tiber, conversando de cosas sin importancia, cuando se nos ocurrió hablar sobre el

móvil que ocasionaba la vaguedad de nuestros pensamientos.

—¿Porqué será, Débora, me dijo Judit, que siempre al llegar estas horas, siento en el alma una tristeza melancolica cuyo significado no comprendo?

Lo mismo me sucede á mi, le contesté, las sombras de la tarde prestan á mi espíritu más desencanto, que el que adquiere la naturaleza á los últimos fulgores del crepúsculo. Pero esto, en mí tiene su explicacion; á tí no sé si te sucederá lo mismo. Al despertarme cada mañana, al sentir la luz de la vida que se derrama sobre los mundos, se levantan en tropel en mi alma, como se levantan la canoras avecillas de los bosques, un mundo de ilusiones, que persigo con afan durante el dia, sin que jamás las logre conseguir. Entónces llega la tarde, y al paso que se acerca la noche se van extinguiendo las ilusiones, la esperanza se rinde, la decepcion se levanta y me saluda imprimiéndome su beso helado; el corazon queda vacío y el alma experimenta un dolor extraño; pero un dolor que no hay palabras para manifestarlo, y que si se quisiera revelar seria preciso nombrarle: necesidad de amar.

—Todo lo que has dicho, dijo Judit, es precisamente lo que te queria manifestar y no podia precisar en palabras, porque el deseo de mi corazon y la vaguedad de mis pensamientos no se encuentran en armónico consorcio. El corazon en cada uno de sus latidos me decia: piensa en mi ilusion; busca como satisfacer mis exigencias, mis anhelos; mira que me marchito; ¿no sientes que desiallezco?

Y mientras así decian los extremecimientos del corazon, el pensamiento alzando su vuelo me decia como para hacerlos acallar: no le creas; no pienses inútilmente en realizar lo imposible, desecha los sueños de tu corazon; ¿no ves que todo ello es una quimera? Pero cuando así se manifestaban mis pensamientos, la esperanza, radiante como el sol de los trópicos, levantaba su acento, dulce como los acordes de las arpas angélicas, y dominando las expresiones de la razon, me hacia creer y esperar. Por eso es que vivo: si la voz de la esperanza dulce y consoladora no tuviese resonancia en mi corazon, creo que no hubiera vivido, esperando la realizacion de lo que puede ser una verdad... un sueño... una ilusion... una locura... una mentira!

Mientras conversábamos así, se me ocurrió dirigir la mirada al palacio que se alzaba silencioso como siempre en la Isla que teníamos ante nuestros ojos, y al ver la severa rigidez de sus líneas, que empezaba á perderse entre las primeras tintas de la noche, le dije al oír las últimas palabras de mi amiga:

—Sabes Judit, que es extraño que en tanto tiempo como ha vivido allí el pintor Arezzo no le hayamos visto ni una vez?

Hoy ha estado en casa un comerciante amigo nuestro, que ha residido en América muchos años y nos dijo que lo conoce hace algún tiempo; que es un genio; que es muy simpático é instruido; en fin nos habló de tal manera y encomió tanto sus méritos, que tengo un vivo deseo de conocerle.

—Pues lo que es yo, dijo entónces Judit, ántes de haber escuchado lo que te han referido, ya se había despertado en mi tal deseo de conocerle, que podría muy bien calificarlo de curiosidad.

Y lo peor, agregué yo, es que tendremos que quedarnos con ella hasta que se le ocurra al artista dejarse ver, y esto si no es que se le antoja convertir su taller en reclusorio, en cuyo caso nos quedaremos con nuestra curiosidad hasta que Dios quiera.

Al discurrir de esta suerte, sentimos un ruido especial que venía del punto que era objeto de nuestra curiosidad y vimos con asombro que se abrían de par en par las hojas del balcon central que se avanzaba sobre el rio, y aparecer en el umbral el desconocido artista, motivo de nuestra conversacion.

El aparecido, que no había notado nuestra presencia, trajo una silla y la colocó en el balcon.

El traje que vestía era de seda cruda, sin pretension alguna; su figura era elegante, aunque en sus acciones se manifestaba algo del cansancio del cuerpo y del espíritu. Su fisonomía rebosaba una dulce tristeza, atrayente, avasalladora.

Sin hacer uso de la silla que habia traído, apoyó un codo sobre el barandal que coronaba los balaustrés, y descansando su frente sobre la palma de la mano, se quedó pensativo.

¿En qué pensará? nos preguntamos las dos á la par, como si nos hubiera asaltado un mismo pensamiento.

Al pronunciar nosotras estas palabras el pintor levantó la cabeza como impulsado por un resorte, y nos miró cual si nuestra pregunta pudiera haber llegado hasta su oído.

Estuvimos en el balcon hasta que las sombras de la noche hicieron imposible distinguir los objetos.

En el momento de retirarnos sentimos que en la casa del artista se cerraban las celosías, produciendo un ruido particular, sin duda por el desuso en que habian permanecido tanto tiempo.

Aquella noche yo y Judit no conversamos casi nada; se habria dicho que no teníamos tema para ello.

¿Que era lo que pasaba por nosotras? ¿Era el presentimiento de un futuro feliz ó desdichado, ó era un misterio recóndito del corazon?

Despues lo sabremos.

Al llegar Débora á este punto de su narracion exhaló un suspiro, y, despues de separar de su frente con su mano de nieve y rosa las áureas hebras de su cabello, prosiguió de esta suerte:

A

Te he visto cruzando
La verde pradera
Fugaz y lijera
Cual lampo de luz,
Te vi cuando cierran
Las flores su broche
Y tiende la noche
Su negro capuz.

Escudo bruñido
De plata en el cielo
De sombras de velo
La luna rasgó.
Su pálido rayo,
Que vivo fulgura,
Tu esbelta figura,
Feliz dibujó.

Pasaste á mi lado
Alegre y sonriente,
Remedo esplendente
De áerea vision,
Y en pós de tu huella

Con loca alegría
Voló el alma mia
Sedienta de amor.

Vision misteriosa
De amor y placeres
Potente iman eres
De mi corazon;
Por tí en la enramada
El áura suspira
Y entona mi lira
Su triste cancion.

Admiran tu cuerpo
De formas divinas,
Las puras ondinas,
Las hijas del mar;
Arrullan tu sueño
Los céfiros suaves,
Y cantan las aves
Tu gracia sin par.

Murmura tu nombre
La mansa corriente,
La aurora riente
Te baña en su albor;
Las hadas y silfos
Te dan sus amores;
Gozosas las flores,
Su aroma y color.

Cual Náyade hermosa
Que juega en el lago
Te brinda su halago
La brisa sutil;
Del Sahara á la altiva
Erguida palmera
Envidia le diera
Tu talle gentil.

Tus ojos azules
De vivos destellos,
Tus rubios cabellos,
Tu faz juvenil;
Inspiran á mi alma
Pasion que arrebató,
Un fuego que mata
Creciendo sin fin.

Tu amor es el sueño
Feliz de mi vida,
Mi anhelo querida
Tu esclavo vivir:
Dichoso, si viendo
De amor la ribera,

En barca lijera
La alcanzo por tí!

Montevideo 1885

Adriano M. Aguiar.

Causas eficientes de las obligaciones

(CONTINUACION)

En primer lugar, ésta, no se concede á cualquier solicitante; y en segundo lugar, ni así por así. El legislador antes de conceder tal beneficio exige á uros pruebas de suficiente capacidad para obligarse y ser responsables de sus acciones, es decir, reconocida idoneidad para el ejercicio de ciertas funciones, y cuando esta circunstancia se prueba mediante expediente informativo, no tiene inconveniente en hacerle gozar ese beneficio de la habilitacion. A otros, en atencion á su orfandad, siendo antes oído el Defensor de Menores, se les concede igualmente esa capacidad civil, por el hecho de que no teniendo quien vele por él con la misma solicitud de un buen padre, y máxime si no le ha dejado recursos, le es necesario dedicarse al trabajo, y por consiguiente, entrar en relaciones con los demas hombres contrayendo obligaciones aquí, adquiriendo derechos allá, siéndole naturalmente indispensable el goce de ese beneficio, porque de lo contrario, seria condenarle á vivir lleno de privaciones, puesto que nadie querria comprometerse con él debido á su irresponsabilidad.

Y lo mismo que se dice de estos pasa con aquellos menores que contrayendo el vínculo del matrimonio la ley hace desaparecer por ese hecho la tutela en que hasta ese entonces vivian, porque seria ridículo en extremo el que todo un padre de familia aunque menor de edad, no pudiera contraer un sinnúmero de obligaciones indispensables para llenar las necesidades de la familia.

Por esto me ha parecido sabia la prescripcion de la ley, pues cuando un menor ha obtenido el consentimiento de su padre ó de quien debiera recabarlo,—como ser del ascendiente legítimo más próximo, del tutor, curador especial, etc., ó del Presidente del Superior Tribunal de Justicia,

una vez declarado irracional el disenso, no veo porqué razon se le haría vivir bajo una tutela deprimente, cuando existe la presuncion fortisima de que he de tener bastante discernimiento para cumplir acabadamente con cuanto exija esa institucion, que de suyo entraña múltiples obligaciones, y mas, si se tiene presente que á carecer de facultades para ello no habria obtenido ese consentimiento tanto del padre, como del pariente, tutor, curador ó del Magistrado en su caso, bastando ese solo hecho para considerar la ley como buena y justa.

Por último, considerando los argumentos hechos en pró del juego, tampoco estoy conforme con esa doctrina que degenera en abuso de libertad, y me fundo para decirlo, en que basta un ligero exámen de lo que es el juego en unos casos y de lo que es en otros.

Para resolver esta cuestion, de suyo delicadísima, voy á permitirme transcribir algunas reflexiones que hace el Dr. D. Joaquin Escriche en su *Diccionario de Legislacion y Jurisprudencia*, por tratar el punto con mucha altura: dice así el citado autor: «.....IV. Pero si todos los juegos son lícitos y válidos por derecho natural considerados en sí mismos, no siempre podemos darles las mismas calificaciones cuando los consideramos con respecto al fin que se proponen los jugadores. Si estos no buscan en ellos el recreo y descanso de su espíritu fatigado, ni el desarrollo de sus fuerzas, ni la soltura y agilidad de su cuerpo, ni el recobro de la salud perdida por la pereza ó las enfermedades, sino que solo tratan de despojarse mutuamente de sus bienes, como dos duelistas procuran recíprocamente quitarse la vida, los juegos entonces, cualesquiera que sean, se oponen directamente al derecho natural, á las buenas costumbres y á los principios de la sociedad civil, la cual ha establecido y sancionado los contratos para que los hombres se hagan mútuos servicios y no por cierto para que se arruinen. Acercaos una vez en vuestra vida á una casa de juego, y vereis allí muchos hombres amontonados y silenciosos esperando con ánsia y terror que salga un rey, un rey el mas arbitrario y despota de cuantos han existido jamás sobre la tierra, un rey loco, ciego y sordo-mudo que reparte el bien y el mal sin justicia ni razon, un rey sin embargo tan deseado como

el Mesías, un rey á quien ellos mismos, los mismos que le esperan, enemigos tal vez de todos los reyes, han hecho á sabiendas dueños absolutos de sus fortunas y de sus vidas, un rey pues de inmenso poder por nadie contestado, y á quien nadie á hecho traicion ni usurpádole el trono, un rey por fin pintado en un carton, *El rey de copas*; . . . y fijos y enclavados en él los desencajados ojos de la confusa multitud, descubre al cabo su cabeza el rey abigarrado, con despecho de los unos y sonrisa diabólica de los otros: aparece el tan esperado como temido *rey de copas*; y con solo aparecer, sin discusion de Cortes ni auxilio de ministros responsables, trasfiere de golpe á estos el oro de aquellos para quitárselo mañana, y despoja á aquellos del fruto de los ahorros y economias de sus antepasados para no devolvérselos jamás, porque así es su voluntad y buen placer, conculcando los principios del derecho escrito que no permiten dar á uno lo que es de otro, como ciertos gobernantes conculcan con idéntico resultado la constitucion y las leyes que con gritos hipócritas proclaman. Llévanse á efecto, sin embargo, ejecutivamente los bárbaros decretos del inexorable rey de copas; y cien fortunas desaparecen y cien casas se hunden y cien familias lloran su desgracia; y tal vez los jugadores que ya no pueden dar pan á sus hijos ni vestido á sus esposas, se lanzan en la carrera del crimen, ó acallan sus remordimientos con el suicidio, ó se revisten de la máscara de patriotas y asaltan los destinos públicos para reparar sus descabros!.....»

Por estas razones, todas las legislaciones tanto la de Roma desde el tiempo de Justiniano, y segun el jurisconsulto Paulo (1) aun antes de este, y las de nuestros dias, han mirado mal los juegos, no prestándoles su aprobacion, tratando siempre de oponerles las mayores trabas y las penas mas graves como su correctivo mejor.

Pero aquí deben distinguirse unos juegos de otros. Si la ley reconociera todos los contratos de juego como igualmente válidos, resultaria la mayor parte de las veces que los mismos Jueces tendrian que aplicar la ley con repugnancia invencible y acallar los gritos de su conciencia que les diria—«tu firmas la sentencia de muer-

(1) Dic. de Leg y Jurisp. de Escriche. pág. 937.

te de toda una familia dejándola en la miseria, todo, porque un mal padre y esposo, dominado por el vicio mas feo y por la pasión mas horrible, ha jugado en un momento de delirio y de maldecida ambición toda su fortuna, toda su felicidad!!»

Pero yo pregunto ¿hay el mismo peligro en esos juegos de loterías de beneficencia en los cuales se juega una pequeña cosa, una insignificancia, y esto periódicamente, con lo que juega un talar en el tapete ó en una ruleta, donde, en una noche de suerte puede levantar una fortuna, ó perder en el mismo tiempo la que posee? ¿No se sabe que la pasión del juego es una de las pasiones mas grandes y avasalladoras de la voluntad, ya sea por la seducción tan atrayente del oro que deslumbra, ó por la perspectiva de convertirse en potentado Creso el que rato antes no pasaba de ser un miserable Job?—Por desgracia, esto es cierto. Aquel que por desdicha suya haya pisado una sola vez uno de esos garitos donde solo existe la refinada trapacería, ¿cuanto no le costará tener la suficiente fuerza de voluntad para no volver á él!—Y porque?—Por dos cosas fáciles de comprender—por la debilidad del carácter y la irreflexión del juicio: porque si ese día la suerte le ha favorecido con sus *halagos de sirena*, como ha dicho un aventajado compañero, créese que allí hay una mina de oro cuyo venero debe explotar; y si por suerte ó desgracia,—que no sé cual de las dos es peor,—ha perdido cuanto llevaba, queda con el deseo de volver al siguiente día para recuperar lo perdido; pero, pierde de nuevo, y entónces el deseo de ganar se recrudece, y poco á poco, ganando unas noches y perdiendo otras llega á habituarse con el juego y á hacer de este su profesión habitual!!

Como se vé no hay punto de comparación entre los unos y los otros. Los unos son públicos y periódicos, los otros secretos y diarios; los unos no aventuran todo temiendo la opinión; los otros lo aventuran todo por que no tienen quien los censure, sino ya tarde, cuando ya han sido víctimas de su degradante vicio.

Pero señores, no porque diga esto, se crea que yo aplauda semejantes juegos, nó, condeno á todos por su inmoralidad, pero entre dos males casi inevitables siempre es preferible elegir los de consecuencias me-

nos funestas, tanto para la sociedad como para la familia.



Señores, disculpadme el que os haya molestado tanto tiempo con la lectura fastidiosa de este trabajo, é igualmente por haber pasado en el silencio muchísimas cuestiones de grande importancia, pero ya veis, la hora ha discurrido rápida, dejándome apenas un segundo solo para terminar esta conferencia con las tradicionales frases de: *He dicho*

Octubre 5 de 1885.

Juan Cárlos Carvalho.

Sombras

I

Me dice la razón: «Borra su nombre,
Arranca de tu pecho su recuerdo,
Cúbrelolo con el manto del olvido,
Y guárdalo en el fondo de tu duelo.»

Y el corazón exclama con dulzura:
«Lleva siempre su imagen en tu pecho,
Que ella disipará con sus fulgores
Las nubes tormentosas de tu cielo.»

II

Arrojo una mirada hácia el pasado
Envuelto en el placer y la alegría,
Y siento que mi cuerpo se estremece
Recordando esas horas de mi vida.

Arrojo una mirada hácia el presente
Sufriendo del dolor la ruda espina,
Y siento que mi cuerpo tambalea
Y mi alma desdichada se aniquila.

III

Te regalé una vez una camelia
Y tu la colocaste en tus cabellos,
Sus hojas se cayeron una á una,
Y volaron al soplo de los vientos.

Así tus juramentos amorosos
Arrebatados por el aire fueron,
Como humo desprendido de una hoguera
Perdido en lo infinito de los cielos.

Miguel F. Rodriguez.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.